

*A Benedicto XVI,
artesano incomparable de la reconstrucción de la Iglesia.*

A Francisco, hijo fiel y abnegado de san Ignacio.

*A los sacerdotes del mundo entero,
en acción de gracias por mis bodas de oro sacerdotales.*

POR DESGRACIA, JUDAS ISCARIOTE

«Si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40).

«Un traidor es alguien que jura y miente».

Macbet, William Shakespeare

¿Por qué tomar de nuevo la palabra? En mi último libro os invitaba al silencio. Pero ya no puedo seguir callando. No debo seguir callando. Los cristianos están desorientados. Día tras día recibo de todas partes llamadas de socorro de quienes ya no saben qué creer. Día tras día recibo en Roma a sacerdotes descorazonados y heridos. La Iglesia vive una noche oscura. Está envuelta y cegada por el misterio de la iniquidad.

A diario nos llegan noticias estremecedoras. No pasa una sola semana sin que salga a la luz algún caso nuevo de abuso sexual. Cada una de esas revelaciones desgarran nuestros corazones de hijos de la Iglesia. Como decía san Pablo VI, nos invade el humo de Satanás. La Iglesia, que debería ser un espacio de luz, se ha convertido en un antro de tinieblas. Debería ser un

hogar seguro y apacible ¡y se ha convertido en una cueva de ladrones! ¿Cómo podemos tolerar que entre nosotros, en nuestras propias filas, se hayan infiltrado depredadores? La conducta diaria de muchos sacerdotes fieles es la de pastores solícitos, padres llenos de ternura y guías sólidos. Pero algunos hombres de Dios se han convertido en agentes del demonio. Han querido mancillar el alma de los más pequeños. Han degradado la imagen de Cristo presente en cada niño.

Sacerdotes del mundo entero se han sentido vejados y traicionados por tanta abominación. La Iglesia vive, al igual que Jesús, el misterio de la flagelación. Su cuerpo está desgarrado. ¿A quién culpar de los golpes? ¿A los mismos que deberían amarla y protegerla! Sí, me atrevo a tomar prestadas las palabras del papa Francisco: el misterio de Judas se cierne sobre nuestro tiempo. Los muros de la Iglesia rezuman el misterio de la traición. Así lo demuestran del modo más abominable los abusos a menores. Pero hay que tener el coraje de enfrentarse cara a cara a nuestro pecado: esa traición la han forjado y la han causado muchos otros menos visibles, más sutiles pero igual de penetrantes. Llevamos mucho tiempo viviendo el misterio de Judas. Las razones de lo que ahora está saliendo a la luz son muy hondas y hay que tener el valor de denunciarlas abiertamente. La crisis que viven el clero, la Iglesia y el mundo es fundamentalmente una crisis espiritual, una crisis de fe. Vivimos el misterio de la iniquidad, el misterio de la traición, el misterio de Judas.

Permitidme reflexionar con vosotros sobre la figura de Judas. Jesús llamó a Judas igual que al resto de los apóstoles. ¡Jesús lo amaba! Lo envió a anunciar la Buena Nueva. Pero, poco a poco, del corazón de Judas fue apoderándose la duda. Sin dar señales de ello, empezó a juzgar la enseñanza de Jesús. Se dijo: este Jesús es demasiado exigente, poco eficaz. Judas quiso traer al mundo el

Reino de Dios sin dilación, empleando medios humanos y conforme a sus propios planes. No obstante, había escuchado decir a Jesús: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos» (Is 55, 8). Pero Judas se alejó. Dejó de escuchar a Cristo. Dejó de acompañarlo en esas largas noches de silencio y oración. Se refugió en los asuntos del mundo. Se ocupó de la bolsa, del dinero y del comercio. El mentiroso continuó siguiendo a Cristo, pero ya no creía en Él. Protestaba entre dientes. La tarde del jueves santo el Maestro lavó sus pies. Muy endurecido debía de estar su corazón para no dejarse conmover. El Señor se arrodilló ante él como un humilde criado y lavó los pies de quien iba a entregarlo. Jesús posó sobre él por última vez su mirada llena de ternura y de misericordia. Pero el diablo ya había penetrado en el corazón de Judas y este no bajó los ojos. Seguramente pronunció en su interior las palabras de toda rebelión: *non serviam*, «no serviré». Sin renunciar a sus planes, comulgó durante la cena. Fue la primera comunión sacrílega de la historia. Y cometió traición.

Judas será eternamente el nombre del traidor, y su sombra se cierne hoy sobre nosotros. Sí, ¡también nosotros hemos cometido traición! Hemos abandonado la oración. Por todas partes se ha filtrado el mal del activismo eficaz. Queremos imitar la estructura de las grandes empresas. Olvidamos que únicamente la oración es la sangre que puede irrigar el corazón de la Iglesia. Decimos que no hay tiempo que perder. Queremos dedicar ese tiempo a labores sociales útiles. Quien deja de rezar ya ha cometido traición. Está predispuesto a cualquier compromiso con el mundo. Ha tomado el camino de Judas.

Nos permitimos cuestionarlo todo. Se pone en duda la doctrina católica. Apelando a posturas supuestamente intelectuales, los teólogos se dedican a desmontar los dogmas, vaciando la moral de su significado más hondo. El relativismo es la máscara de Ju-

das disfrazado de intelectual. ¿Qué sorpresa nos puede provocar enterarnos de que hay tantos sacerdotes que rompen sus compromisos? Relativizamos el significado del celibato, reivindicamos el derecho a tener vida privada, algo contrario a la misión del sacerdote. Algunos llegan incluso a reclamar el derecho a conductas homosexuales. Se suceden los escándalos entre los sacerdotes y entre los obispos.

El misterio de Judas se propaga. Por eso quiero decirles a todos los sacerdotes: manteneos fuertes y firmes. Sí, por culpa de algunos ministros, os etiquetarán a todos de homosexuales. Arrastrarán por el fango a la Iglesia católica. La presentarán como si solo estuviera formada por sacerdotes hipócritas y ávidos de poder. No se inquiete vuestro corazón. El viernes santo acusaron a Jesús de todos los crímenes del mundo y Jerusalén gritó: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Pese a las encuestas tendenciosas que ofrecen un panorama desolador de eclesiásticos irresponsables y con una vida interior anémica al mando del gobierno de la Iglesia, manteneos serenos y confiados, como la Virgen y san Juan al pie de la cruz. Los sacerdotes, los obispos y los cardenales sin moral no empañarán el testimonio luminoso de los más de cuatrocientos mil sacerdotes fieles del mundo entero que, día tras día, sirven santa y gozosamente a su señor. Pese a la violencia de los ataques que pueda sufrir, la Iglesia no morirá. Esa es la promesa del Señor y su palabra es infalible.

Los cristianos se estremecen, vacilan, dudan. A ellos va dirigido este libro. Para decirles: ¡no dudéis! ¡Manteneos firmes en la doctrina! ¡Perseverad en la oración! Este libro pretende reconfortar a los cristianos y a los sacerdotes fieles.

El misterio de Judas, el misterio de la traición, es un veneno sutil. El diablo intenta hacernos dudar de la Iglesia. Quiere que la veamos como una estructura humana en crisis. Pero la Iglesia

es mucho más que eso: es la prolongación de Cristo. El diablo nos insta a la división y al cisma. Quiere hacernos creer que la Iglesia ha cometido traición. Pero la Iglesia no traiciona. ¡La Iglesia, llena de pecadores, está libre de pecado! Siempre habrá en ella luz suficiente para quienes buscan a Dios. No os dejéis tentar por el odio, por la división, por la manipulación. No se trata de tomar partido, de enfrentarnos los unos a los otros: «Tanto nos previno el Maestro celeste esa cautela, que quiso asegurar a su pueblo frente al recelo por los malos conductores, no fuera que por ellos abandonasen la cátedra de la doctrina saludable [...]. No perezamos en una mala disensión por causa de los malos», decía ya san Agustín (carta 105).

La Iglesia sufre, ha sido deshonrada y sus enemigos están dentro de ella. No la abandonemos. Todos los pastores son hombres pecadores, pero son portadores del misterio de Cristo.

¿Qué hacer entonces? No se trata de organizarse y de aplicar estrategias. ¿Alguien cree que seremos capaces de mejorar las cosas nosotros solos? Eso sería como retomar la letal pretensión de Judas.

Ante el aluvión de pecados dentro de las filas de la Iglesia, nos sentimos tentados de tomar las riendas. Nos sentimos tentados de purificar la Iglesia con nuestras propias fuerzas. Y sería un error. ¿Qué podríamos hacer? ¿Un partido? ¿Un movimiento? Esa es la tentación más grave: una división tapada con oropeles. Con la excusa de hacer el bien, nos dividimos, nos criticamos, nos destrozamos. Y el demonio se ríe. Ha conseguido tentar a los buenos bajo la apariencia del bien. La Iglesia no se reforma con la división y el odio. La Iglesia se reforma comenzando por cambiar nosotros mismos. No dudemos, cada uno desde nuestro sitio, en denunciar el pecado, empezando por el nuestro.

La sola idea de que la túnica sin costuras de Cristo corra peligro de rasgarse de nuevo me estremece. Jesús padeció su agonía contemplando de antemano las divisiones de los cristianos. ¡No lo crucifiquemos de nuevo! Su corazón nos dirige una súplica: ¡tiene sed de unidad! El diablo teme que lo llamen por su nombre. Le gusta envolverse en la bruma de la ambigüedad. Seamos claros. «No llamar a las cosas por su nombre añade mal al mundo», decía Albert Camus.

En este libro no dudaré en hablar con firmeza. Con ayuda del escritor y ensayista Nicolas Diat, sin el cual pocas cosas habrían sido posibles y que —desde la redacción de *Dios o nada*— ha sido siempre de una fidelidad impecable, quiero inspirarme en la palabra de Dios, semejante a una espada de doble filo. No tengamos miedo de decir que la Iglesia necesita una profunda reforma, y que esa reforma pasa por nuestra conversión.

Perdonadme si algunas de mis palabras os ofenden. No tengo intención de adormeceros con frases consoladoras y engañosas. No busco el éxito ni la popularidad. ¡Este libro es el grito de mi alma! Es un grito de amor a Dios y a mis hermanos. A vosotros, cristianos, os debo la única verdad que salva. La Iglesia se muere porque los pastores tienen miedo de hablar con absoluta honestidad y claramente. Tenemos miedo de los medios, miedo de la opinión pública, ¡miedo de nuestros propios hermanos! El buen pastor da la vida por sus ovejas.

Hoy, desde estas páginas, os ofrezco lo que es la entraña de mi vida: la fe en Dios. Dentro de poco compareceré ante el Juez eterno. Si no os transmito la verdad que he recibido, ¿qué voy a decirle? Los obispos deberíamos echarnos a temblar al pensar en nuestros silencios culpables, en nuestros silencios cómplices, en nuestros silencios complacientes con el mundo.

Me preguntan con frecuencia: ¿qué debemos hacer? Cuando amenaza la división, hay que reforzar la unidad. Una unidad que no tiene nada que ver con ese espíritu corporativo que existe en el mundo. La unidad de la Iglesia nace del corazón de Jesucristo. Debemos permanecer junto a Él, en Él. Nuestra morada será el corazón abierto por la lanza para permitirnos refugiarnos en él. La unidad de la Iglesia descansa sobre cuatro columnas. La oración, la doctrina católica, el amor a Pedro y la caridad mutua han de convertirse en las prioridades de nuestra alma y de todas nuestras actividades.

La oración

Sin la unión con Dios, cualquier iniciativa para el fortalecimiento de la Iglesia y de la fe será inútil. Sin oración seremos como un golpear de platillos. Descenderemos al nivel de los animadores mediáticos, que hacen mucho ruido pero solo agitan el aire. La oración tiene que convertirse en nuestra respiración más íntima. Nos sitúa cara a Dios. ¿Acaso es otro nuestro fin? Los cristianos, los sacerdotes, los obispos: ¿tenemos otra razón de existir que no sea ponernos delante de Dios y llevar a otros ante Él? ¡Ha llegado el momento de enseñarlo! ¡Ha llegado el momento de ponerlo por obra! Quien reza se salva, quien no reza se condena, decía san Alfonso. Me gustaría insistir en este punto, porque una Iglesia cuyo bien máspreciado no sea la oración corre hacia la perdición. Si no recuperamos el sentido de las largas y pausadas vigiliass junto al Señor, lo traicionaremos. Eso hicieron los apóstoles: ¿nos creemos mejores que ellos? Los sacerdotes en particular deben poseer necesariamente un alma de oración. Sin ella, la labor social más eficaz se convertiría en inútil y nociva. Crearía en nosotros la ilusión de estar sirviendo a Dios cuando solo estaríamos haciendo la obra

del demonio. No se trata de multiplicar las devociones. Se trata de guardar silencio y de adorar. Se trata de arrodillarse. Se trata de penetrar en la liturgia con temor y con respeto. La liturgia es obra de Dios, y no teatro.

Desearía que mis hermanos obispos no olvidaran nunca sus graves obligaciones. Amigos míos, ¿queréis reedificar la Iglesia? ¡Arrodillaos! ¡Ese es el único medio! Si actuáis de otra manera, lo que hagáis no será de Dios. Solo Dios puede salvarnos. Y solo lo hará si rezamos. ¡Cuánto desearía que se alzara desde el mundo entero una oración honda e ininterrumpida, una alabanza y una súplica de adoración! El día en que ese cántico silencioso resuene en los corazones, el Señor podrá por fin ser escuchado y obrar a través de sus hijos. Mientras tanto, nosotros se lo impedimos con nuestro ajeteo y nuestra palabrería. Si no reclinamos como san Juan nuestra cabeza sobre el corazón de Cristo, no tendremos la fuerza para seguirle hasta la cruz. Si no dedicamos tiempo a escuchar los latidos del corazón de nuestro Dios, lo abandonaremos, lo traicionaremos como hicieron los apóstoles.

La doctrina católica

No hay por qué inventar ni construir la unidad de la Iglesia. La fuente de nuestra unidad está por encima de nosotros y nos ha sido dada. Es la Revelación que recibimos. Si cada uno defiende su propia opinión, sus ideas novedosas, entonces la división se extenderá por todas partes. Me duele ver a tantos pastores que rebajan la doctrina católica y crean división entre los fieles. Al pueblo cristiano le debemos una enseñanza clara, sólida y estable. ¿Cómo se puede consentir que las conferencias episcopales se contradigan? Dios no puede habitar allí donde reina la confusión.

La unidad de la fe implica la unidad del magisterio en el espacio y el tiempo. Cuando recibimos una enseñanza nueva, esta debe interpretarse siempre en coherencia con la enseñanza que la precede. Si fomentamos las rupturas y las revoluciones, rompemos la unidad que ha regido a la santa Iglesia a lo largo de los siglos. Eso no significa que estemos condenados al fijismo. No obstante, toda evolución debe consistir en una mejor comprensión y una profundización del pasado. La hermenéutica de la reforma en la continuidad que Benedicto XVI ha enseñado con tanta claridad es una condición *sine qua non* de la unidad. Los que proclaman estrepitosamente el cambio y la ruptura son falsos profetas. No buscan el bien del rebaño. Son mercenarios que se han colado en el aprisco sin permiso. Nuestra unidad se forjará sobre la verdad de la doctrina católica. No existe otro medio. Querer lograr la popularidad mediática al precio de la verdad equivale a hacer la obra de Judas.

¡No tengamos miedo! ¿Se puede ofrecer a la humanidad mejor regalo que la verdad del Evangelio? Es cierto: Jesús es exigente. ¡Sí, seguirle exige tomar su cruz cada día! La tentación de la cobardía ronda por todas partes. Y acecha en particular a los pastores. La enseñanza de Jesús se nos hace demasiado dura. ¡Cuántos de nosotros tenemos la tentación de pensar: «Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?» (Jn 6, 60)! El Señor se vuelve hacia aquellos a los que ha escogido, hacia nosotros, obispos y sacerdotes, y nos pregunta de nuevo: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67). Clava sus ojos en los nuestros y nos pregunta uno a uno: ¿me vas a abandonar? ¿Vas a renunciar a enseñar la fe en su integridad? ¿Tendrás valor para predicar mi presencia real en la Eucaristía? ¿Tendrás valor para llamar a esos jóvenes a la vida consagrada? ¿Te atreverás a decir que sin la confesión regular la comunión sacramental corre peligro de perder su significado? ¿Tendrás la audacia de recordar la verdad de la

indisolubilidad del matrimonio? ¿Tendrás caridad para recordársela incluso a quienes es posible que te lo reprochen? ¿Tendrás valor para invitar con delicadeza a cambiar de vida a los divorciados comprometidos en una nueva relación? ¿Prefieres el éxito o quieres seguirme? Dios desea que, como san Pedro, llenos de amor y de humildad, seamos capaces de responderle: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

El amor a Pedro

El papa es el portador del misterio de Simón-Pedro, a quien Cristo dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18). El misterio de Pedro es un misterio de fe. Jesús ha querido confiar su Iglesia a un hombre. Para que no lo olvidáramos, dejó que ese hombre le traicionara tres veces a la vista de todos antes de entregarle las llaves de su Iglesia. Sabemos que la barca de la Iglesia no se le confía a un hombre porque tenga unas aptitudes extraordinarias. No obstante, creemos que ese hombre estará siempre asistido por el Divino Pastor para que la regla de la fe se mantenga firme.

¡No tengamos miedo! Escuchemos a Jesús: «Tú eres Simón [...]. tú te llamarás Cefas» (Jn 1, 42). La trama de la historia de la Iglesia se ha tejido desde los primeros tiempos: un hilo dorado de las decisiones infalibles de los pontífices, sucesores de Pedro; un hilo negro de los actos humanos e imperfectos de los papas, sucesores de Simón. En medio de esta maraña incomprensible de hilos entremezclados, percibimos la pequeña aguja guiada por la mano invisible de Dios, atenta a trazar sobre el entramado el único nombre por el que podemos ser salvados: ¡el nombre de Jesucristo!

Amigos míos, vuestros pastores están llenos de defectos y de imperfecciones. Pero despreciándolos no construiréis la unidad

de la Iglesia. No tengáis miedo de exigirles la fe católica, los sacramentos de la vida divina. Acordaos de las palabras de san Agustín: «¿Bautiza Pedro? Es Cristo quien bautiza. ¿Bautiza Judas? Es Cristo quien bautiza» (*Comentarios a San Juan*, Tratado VI, 7). El sacerdote más indigno sigue siendo instrumento de la gracia divina cuando celebra los sacramentos. ¡Hasta ese extremo nos ama Dios! Consiente en confiar su cuerpo eucarístico a las manos sacrílegas de sacerdotes miserables. Si pensáis que vuestros sacerdotes y vuestros obispos no son santos, sedlo vosotros por ellos. Haced penitencia, ayunad en reparación de sus faltas y de su cobardía. Solo así podremos llevar sobre nosotros la carga de los otros.

La caridad fraterna

Recordemos las palabras del Concilio Vaticano II: «La Iglesia es el sacramento de la unidad del género humano». ¡Pero es tanto el odio y la división que la desfiguran...! Ha llegado el momento de volver a mirarnos con un poco de benevolencia. ¡Ha llegado el momento de anunciar el fin de los recelos y las suspicacias! En palabras de Benedicto XVI, ha llegado el momento de que los católicos emprendamos «el camino de la reconciliación interna».

Escribo estas palabras en mi despacho, desde donde diviso la plaza de San Pedro, que abre de par en par sus brazos para poder abrazar mejor a la humanidad entera. Porque la Iglesia es madre y nos abre los brazos. ¡Corramos a acurrucarnos en ellos, apretujados unos junto a otros! ¡Estando en su regazo no existen amenazas! Cristo extendió de una vez para siempre sus brazos en la cruz para que, desde entonces, la Iglesia pudiera abrir los suyos y nosotros reconciliarnos, dentro de ella, con Dios y entre nosotros. A cuantos se sienten tentados por la trai-

ción, la disensión, la manipulación, el Señor vuelve a dirigirles estas palabras: «¿Por qué me persigues? [...]. Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 4-5). Cuando nos peleamos, cuando nos odiamos, ¡es a Jesús a quien perseguimos!

Oremos juntos unos instantes ante el espléndido fresco de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina. En él está representado el Juicio Final. Arrodillémonos ante la imagen de la majestad divina, rodeada de toda la corte celestial. Ahí están los santos, con los instrumentos de su martirio. Ahí están los apóstoles, las vírgenes, los desconocidos, los santos que son el secreto del corazón de Dios. Todos cantan su gloria y su alabanza. A sus pies, los reos del infierno gritan su odio a Dios. Y, de pronto, tomamos conciencia de nuestra pequeñez, de nuestra nada. De pronto, nosotros, que creíamos tener tantas buenas ideas, tantos proyectos imprescindibles, guardamos silencio, vencidos por la grandeza y la trascendencia de Dios. Llenos de un temor filial, alzamos la mirada hacia el Cristo glorioso mientras Él nos pregunta uno a uno: «¿Me amas?». Dejemos que resuene su pregunta. No nos demos prisa en responder.

¿De verdad le amamos? ¿Le amamos hasta la muerte? Si somos capaces de responder humildemente, sencillamente: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo», entonces Él nos sonreirá; entonces nos sonreirán María y los ángeles del cielo; y, como a san Francisco de Asís en su día, dirán a cada cristiano: «Ve y repara mi Iglesia». Ve, repara con tu fe, con tu esperanza y tu caridad. Ve y repara con tu oración y con tu fidelidad. Gracias a ti, mi Iglesia volverá a ser mi casa.

Cardenal Robert Sarah

Roma, viernes 22 de febrero de 2019